

-¿De qué diablos hablas? -inquirió William con aspereza-. Tiene que haber algo. ¿Cuánto?

Arthur mostraba un ligero aire de superioridad como si nada tuviera que temer de William.

-No hay dinero alguno en la tesorería, señor.

A William le habría gustado estrangularlo.

-¡Este es el Condado de Shiring! -dijo con voz lo bastante alta para hacer levantar la vista a los caballeros y los funcionarios del castillo que comían al otro extremo de la mesa-. ¡Tiene que haber dinero!

-Desde luego entra dinero sin cesar, señor -dijo tranquilamente Arthur-. Pero vuelve a salir, sobre todo en tiempos de guerra.

William estudió el rostro pálido y bien afeitado. Arthur se mostraba demasiado suficiente. ¿Era honrado? No había forma de saberlo. William habría dado algo porque sus ojos pudieran penetrar en la mente de un hombre.

Su madre sabía lo que William estaba pensando.

-Arthur es honrado -respondió sin importarle que el hombre estuviera presente-. Es viejo, perezoso y se halla encastillado en sus ideas, pero es honrado.

William quedó como herido por un rayo. Apenas había tomado asiento en el sillón y su poder empezaba ya a desvanecerse como por arte de magia. Le pareció encontrarse bajo una maldición. Parecía existir una ley según la cual William sería siempre un muchacho entre hombres, cualquiera que fuese la edad que tuviera.

-¿Cómo ha podido ocurrir esto? -preguntó casi sin fuerzas.

-Antes de morir, tu padre estuvo enfermo durante la mayor parte del año -dijo madre-. Me daba cuenta de que estaba dejando que la situación se le escapara de las manos; pero no logré que hiciera nada al respecto.

Fue una novedad para William descubrir que, a fin de cuentas, su madre no era omnipotente. Volvióse hacia Arthur.

-Tenemos algunas de las mejores tierras de cultivo del reino. ¿Cómo es posible que estemos sin dinero?

-Hay granjas que están en dificultades y varios arrendatarios van atrasados en el pago de sus rentas.

-¿Y por qué?

-Una de las razones que escucho con frecuencia es que los jóvenes no quieren trabajar el campo y se van a las ciudades.

-¡Entonces hemos de impedirselo!

Arthur se encogió de hombros.

-Una vez que un siervo ha vivido durante un año en cualquier ciudad se convierte en hombre libre. Es la ley.

-¿Y qué pasa con los arrendatarios que no han pagado? ¿Qué les has hecho?

-¿Qué puede hacerseles? -contestó Arthur-. Si les quitamos su medio de vida, jamás estarán en condiciones de pagar. De modo que hemos de ser pacientes y esperar a que llegue una buena cosecha que les permita ponerse al día.

William pensó, irritado, que Arthur parecía satisfecho de su incapacidad para resolver aquellos problemas. Pero, por un momento, frenó su genio.

-Bien, si todos los jóvenes se van a las ciudades, ¿qué me dices de nuestros alquileres por las propiedades urbanas en Shiring? Con ellos tendría que ingresar algún dinero.

-Aunque parezca extraño no ha sido así -alegó Arthur-. En Shiring hay numerosas casas vacías. Los jóvenes deben irse a cualquier otro sitio.

-O la gente te está mintiendo -replicó William-. Supongo que vas a decirme que los ingresos por el mercado de Shiring y la Feria del

Vellón también han caído.

-Sí...

-Entonces, ¿por qué no aumentas las rentas y los impuestos?

-Lo hemos hecho, señor, cumpliendo las órdenes de vuestro difunto padre. Pese a todo, los ingresos han caído.

-Con una propiedad tan poco productiva, ¿cómo era posible que Bartholomew pudiera seguir adelante? -preguntó exasperado.

Incluso para aquello tenía respuesta Arthur.

-Poseía también la cantera. En los viejos tiempos daba mucho dinero.

-Y ahora está en manos de ese condenado monje.

William estaba transtornado. Justo cuando necesitaba hacer un despliegue ostentoso, le decían que estaba sin un céntimo. La situación era muy peligrosa para él. El rey sólo le había concedido la custodia de un Condado. En cierto modo, lo estaba poniendo a prueba. Si volvía a la corte con un ejército reducido, podría parecer ingratitud, incluso deslealtad.

Además, era posible que el panorama que le había presentado Arthur no fuera del todo auténtico. William se hallaba seguro de que la gente le estaba defraudando y que era muy probable que, además, se estuvieran riendo a sus espaldas. La idea le puso furioso. No se encontraba dispuesto a tolerarlo. Ya les enseñaría él. Antes de aceptar la derrota habría derranjamiento de sangre.

-Has encontrado una excusa para todo -dijo a Arthur-. Y el hecho es que has dejado que estas propiedades fueran a la deriva durante la enfermedad de mi padre, que es cuando debieras haberte mostrado más vigilante.

-Pero, señor...

William levantó la voz.

-Cierra la boca o haré que te azoten.

471

Arthur palideció y guardó silencio.

-A partir de mañana -decidió William-, vamos a empezar a recorrer el Condado. Iremos a visitar cada una de las aldeas de mi propiedad y a sacudirlas para que se pongan en marcha. Tal vez tú no sepas cómo tratar a esos campesinos embusteros y quejumbrosos, pero yo sí. Pronto averiguaremos hasta qué punto se encuentra empobrecido mi Condado. Y, si me has mentido, juro por Dios que serás el primer ahorcado de los muchos que van a verse.

Además de Arthur, se llevó consigo a su escudero Walter, así como a los otros cuatro caballeros que habían luchado junto a él durante el pasado año. Ugly Gervase, Hugh Axe, Gilbert de Rennes y Miles Dice. Todos ellos eran hombres grandones y violentos, prontos a la cólera y dispuestos siempre a pelear. Cabalgaban con sus mejores caballos e iban armados hasta los dientes para imponer el terror entre los campesinos. William tenía el convencimiento de que un hombre se encontraba indefenso si la gente no le tenía miedo.

Era un día caluroso de fines de verano y, en los campos, se veían las gavillas de trigo. Aquella abundancia de riqueza visible enfureció más a William, al carecer él de dinero. Alguien tenía que estar robándole. A esas alturas, deberían sentirse ya demasiado atemorizados para atreverse a hacerlo. Su familia había obtenido el Condado al caer en desgracia Bartholomew. Sin embargo, él no tenía un céntimo mientras que el hijo de Bartholomew nadaba en la abundancia. La idea de que la gente le estuviera robando y que, al mismo tiempo, se rieran de su ignorancia, lo sacaba de quicio. Su cólera iba en aumento conforme cabalgaba.

Decidió empezar por Northbrook, una pequeña aldea bastante alejada del castillo. Los aldeanos componían una mezcla de siervos y hombres libres. William era el propietario de los siervos, los cuales nada podían hacer sin su permiso. En ciertas épocas del año, le debían un determinado número de horas de trabajo, además de una

parte de sus propias cosechas. Los hombres libres sólo tenían que pagarle el alquiler, en dinero o en especie. Cinco de ellos iban retrasados en el pago. William suponía que ellos habían creído que podrían salirse con la suya al estar tan lejos del castillo. Sería un buen lugar para empezar la danza.

Había sido una larga cabalgada y el sol ya estaba alto cuando se acercaban a la aldea. Había veinte o treinta casas rodeadas de tres grandes campos, todos ellos cubiertos ya de rastros. Cerca de las casas, en el lindero de uno de los campos, había tres grandes robles agrupados. Al aproximarse más, William vio que la mayoría de los aldeanos se encontraban sentados a la sombra de los robles; al parecer comiendo. Espoleó a su caballo, recorrió a medio galope los

472

t

últimos metros, y los demás le siguieron. Se detuvieron frente a los reunidos en medio de una nube de polvo.

Aquellas gentes se pusieron torpemente en pie, tragándose con precipitación su pan bazo e intentado quitarse el polvo de los ojos. La mirada recelosa de William observó un pequeño y curioso drama. Un hombre de mediana edad, de barba negra, habló en voz baja, pero con tono apremiante, a una rolliza muchacha que tenía en los brazos un gordito bebé de mejillas coloradas. Un joven se les acercó; pero el hombre de más edad se apresuró a obligarle a que se alejara. Luego, la muchacha, protestando al parecer, se alejó en dirección a las casas y desapareció entre el polvo. William quedó intrigado. Había algo furtivo en toda aquella escena y le hubiera gustado que madre estuviera allí para interpretarlo.

Decidió no hacer nada por el momento. Luego, habló a Arthur en voz lo bastante alta para que todos pudieran oírlo.

-Cinco de mis arrendatarios libres están retrasados en sus pagos, ¿no es así?

-Sí, señor.

-¿Quién es el peor?

-Athelstan hace dos años que no paga pero ha tenido muy mala suerte con sus cerdos...

William le interrumpió imponiendo su voz sobre la de Arthur.

-¿Quién de vosotros es Athelstan?

Se adelantó un hombre alto, de hombros hundidos, de unos cuarenta y cinco años. Estaba perdiendo pelo y tenía los ojos acuosos.

-¿Por qué no me pagas la renta? -inquirió William.

-Es una propiedad pequeña, señor, y no tengo gente que me ayude, ahora que mis muchachos se han ido a trabajar a la ciudad. Además hubo la fiebre porcina y...

-Un momento -le interrumpió William-. ¿A dónde fueron tus hijos?

-A Kingsbridge, señor, para trabajar en la nueva catedral, porque quieren casarse como tienen que hacer los jóvenes, y mi tierra no da para sostener a tres familias...

William almacenó en su memoria, para analizarla más adelante con detenimiento, la información de que aquellos jóvenes habían ido a trabajar en la catedral de Kingsbridge.

-De cualquier manera, tu propiedad es lo bastante grande para mantener a una familia. Sin embargo, sigues sin pagarme la renta.

Athelstan empezó a hablar de nuevo de sus cerdos. William lo contemplaba con expresión malévolamente sin escuchar siquiera. «Sé por qué no has pagado -se dijo-, sabías que tu señor estaba enfermo y decidiste estafarle mientras se encontraba incapacitado para hacer valer sus derechos. Los otros cuatro estafadores pensaron lo mismo. ¡Nos robasteis cuando éramos débiles!»

473

Por un momento sintió una enorme compasión de sí mismo. Estaba seguro de que los cinco lo habían estado pasando en grande

con su habilidad para robarles. Pues bien, ahora aprenderían la lección.

-Vosotros, Gilbert y Hugh, coged a ese campesino y mantenedlo quieto -ordenó con voz tranquila.

Athelstan todavía seguía hablando. Los dos caballeros desmontaron y se acercaron a él. La historia de la fiebre porcina no llegó a su fin. Los caballeros lo cogieron por los brazos. El hombre palideció de miedo.

William habló a Walter con la misma voz tranquila.

-¿Tienes tus guantes de cota de malla?

-Sí, señor.

-Póntelos. Dale a Athelstan una lección. Pero asegúrate de que queda vivo para que haga correr la noticia.

-Sí, señor.

Walter sacó de sus alforjas un par de manoplas de cuero con una excelente malla cosida a los nudillos y al dorso de los dedos, y se los calzó con deliberada lentitud. Los aldeanos observaban atemorizados, y Athelstan empezó a gemir de terror.

Walter se bajó del caballo, se aproximó a Athelstan y le golpeó en el estómago con el puño de malla. El ruido, al descargar el golpe, resonó de manera terrible. Athelstan se dobló en dos y se quedó sin respiración ni siquiera para gritar. Gilbert y Hugh le hicieron enderezarse y Walter le golpeó en la cara. Empezó a sangrar por la nariz y la boca. Entre los que miraban, una mujer que sin duda sería la suya, empezó a chillar precipitándose hacia Walter.

-¡Deteneos! ¡Dejadlo en paz! ¡No lo matéis! -gritaba.

Walter la apartó con violencia. Otras dos mujeres la retuvieron y le hicieron retirarse. Pero ella seguía chillando y forcejeando. Los demás campesinos, sublevándose en silencio, miraban a Walter golpear sistemáticamente a Athelstan hasta que su cuerpo quedó inerte, la cara cubierta de sangre y los ojos cerrados por la inconsciencia.

-¡Soltadlo! -dijo finalmente William.

Gilbert y Hugh soltaron a Athelstan, el cual se desplomó en el suelo y quedó inmóvil. Las mujeres soltaron a la esposa, la cual corrió hacia él sollozando y cayendo de rodillas. Walter se quitó las manoplas y limpió la malla de la sangre y los pequeños restos de piel y carne que habían quedado adheridos.

William perdió todo su interés por Athelstan. Recorrió con la mirada la aldea y vio una construcción de madera de dos pisos, al parecer nueva, levantada al borde del arroyo.

-¿Qué es eso? -preguntó a Arthur señalándola.

-No lo he visto hasta ahora, señor -repuso éste nervioso.

William pensó que mentía.

474

t

-Es un molino de agua, ¿verdad?

Arthur se encogió de hombros pero su indiferencia resultó poco convincente.

-No imagino qué otra cosa puede ser ahí junto al arroyo.

¿Cómo podía mostrarse tan insolente cuando acababa de ver a un campesino apaleado casi hasta la muerte por orden suya?

-¿Pueden mis siervos construir molinos sin mi permiso? -preguntó casi al borde de la desesperación.

-No, señor.

-¿Y sabes por qué está prohibido?

-Para que tengan que llevar su grano a los molinos del señor y pagarle por la molienda.

-Y el señor obtendrá beneficios.

-Sí, señor -Arthur habló con el tono condescendiente de quien explica a un niño algo elemental-. Pero si pagan una multa por construir el molino, el señor se beneficiará igualmente.

A William su tono le pareció exasperante.

-No, no se beneficiará lo mismo. La multa nunca alcanzaría a lo

que de otra manera habrían de pagar los campesinos. Por eso les gusta construir molinos. Y, también por eso, mi padre jamás lo permitió.

Sin dar tiempo a que Arthur pudiera contestarle, espoleó su caballo y se dirigió al molino. Sus caballeros le siguieron llevando a la zaga a los aldeanos en desordenado grupo.

William desmontó. No cabía la menor duda de lo que era aquella construcción. Una gran rueda giraba a impulsos de la rápida corriente del arroyo. La rueda hacía girar un astil que atravesaba el muro lateral del molino. Era una construcción de madera sólida, hecha para que durara. Quien la había construido esperaba a todas luces ser libre para utilizarla durante años.

El molinero se encontraba en pie, junto a la puerta abierta, con una pretendida expresión de ofendida inocencia. En la habitación, detrás de él, había sacos de grano amontonados de forma ordenada. William desmontó. El molinero se inclinó ante él con un ademán cortés. ¿Pero no había acaso en su mirada un atisbo de desdén? Una vez más, William tuvo la penosa sensación de que aquella gente creía que él era un don nadie y que su incapacidad para imponerles su voluntad le hacía sentirse impotente. Le embargaban la indignación y la frustración. Gritó furioso al molinero.

-¿Qué te hizo pensar que podrías salirte con la tuya? ¿Imaginas que soy tan estúpido? ¿Es eso? ¿Es eso lo que crees?

Y le dio al hombre un puñetazo en la cara.

El molinero lanzó un exagerado grito de dolor y cayó al suelo de manera premeditada.

475

William, pasando por encima de él, entró en el molino. El astil de la rueda exterior se hallaba conectado, con una serie de ruedas dentadas de madera, al astil de la muela en el piso de arriba. El grano molido caía a través de una tolva a la era a ras del suelo. El segundo piso, que tenía que soportar el peso de la muela, estaba sostenido por cuatro robustos maderos, cogidos sin duda del bosque de William sin su permiso. Si se cortaran esos maderos, toda la construcción se vendría abajo.

William volvió a salir. Hugh Axe (Hacha) llevaba sujeta a su montura el arma de la que había tomado el nombre.

-Dame tu hacha de combate -dijo William.

Hugh se la entregó.

William entró de nuevo y empezó a golpear los maderos de apoyo en el piso superior.

Le producía una satisfacción inmensa sentir los golpes del hacha contra la edificación que con tanto cuidado habían construido los campesinos en su intento de birlarle sus ingresos por molienda. Ahora ya no se ríen de mí, se dijo con bestial regocijo.

Walter entró a su vez y se quedó mirando. William hizo una profunda hendedura en uno de los apoyos y luego cortó un segundo hasta la mitad. La plataforma superior, que soportaba el enorme peso de la muela, empezó a oscilar.

-Trae una cuerda -ordenó William.

Walter salió a buscarla.

William atacó los otros dos maderos y ahondó todo lo que se atrevió. La estructura estaba a punto para derrumbarse. Walter regresó con una cuerda. William la ató a uno de los maderos y luego sacó el otro extremo y lo amarró al cuello de su caballo de guerra.

Los campesinos observaban todos aquellos manejos en hosco silencio.

-¿Dónde está el molinero? -preguntó William una vez asegurada la cuerda.

El molinero se acercó manteniendo el aire de quien recibe un trato injusto.

-Átalo y mételo dentro, Gervase -dijo William.

El molinero intentó echar a correr; pero Gervase le puso la zancadilla, se sentó luego sobre él y le ató con correas las manos y los pies. Luego, los dos caballeros le agarraron. El molinero empezó a forcejear y a suplicar clemencia.

-No podéis hacer eso. Es asesinato. Ni siquiera un señor puede ir asesinando a la gente -protestó uno de los aldeanos adelantándose entre los reunidos allí.

-Si vuelves a abrir la boca te meteré adentro con él -le amenazó William apuntándole con un dedo tembloroso.

476

t

Por un instante,, el hombre pareció desafiante. Luego lo pensó mejor y dio media vuelta.

Los caballeros salieron del molino. William hizo avanzar a su caballo hasta que la cuerda quedó tensa. Después le dio una palmada en la grupa, tensándola aún más.

El molinero empezó a gritar dentro de la casa. Eran alaridos que helaban la sangre. Eran las voces de un hombre poseído por un terror mortal, de un hombre que sabía que en cuestión de minutos iba a quedar aplastado hasta morir.

El caballo agitó la cabeza intentando aflojar la cuerda que le rodeaba el cuello. William le gritó y le asestó un puntapié en las ancas para que hiciera fuerza.

-¡Vosotros, tirad de la cuerda! -voceó a sus hombres.

Los cuatro caballeros agarraron la cuerda tensa y unieron sus esfuerzos a los del caballo. Se alzaron en protesta las voces de los aldeanos; pero estaban demasiado aterrados para intervenir. Arthur se encontraba apartado de todos ellos, con aspecto de sentirse mal.

Los gritos del molinero se hicieron más agudos. William se imaginaba el terror ciego que debía embargar al hombre mientras esperaba su espantosa muerte. Se decía que ninguno de aquellos campesinos olvidaría jamás el castigo de los Hamleigh.

El madero crujió con fuerza. Se oyó un fuerte chasquido al romperse. El caballo saltó hacia delante y los caballeros soltaron la cuerda. Empezó a desplomarse una esquina del tejado. Las mujeres comenzaron a lanzar fuertes gemidos. Las paredes de madera del molino se estremecieron. Arreciaron los gritos del molinero. Hubo un potente estruendo al ceder el piso superior. Los chillidos enmudecieron de repente y el suelo tembló al caer la muela sobre la era. Las paredes se astillaron, el tejado se derrumbó y, al cabo de un instante, el molino se había convertido en un montón de leña con un muerto debajo.

William empezó a sentirse mejor.

Algunos aldeanos corrieron junto a las ruinas y empezaron a apartar maderas frenéticamente. Si esperaban encontrar al molinero con vida iban a tener una gran decepción. Su cuerpo tendría un aspecto horripilante. Tanto mejor.

William miró en torno suyo y vio a la muchacha de mejillas coloradas como las del bebé que llevaba en brazos,-en pie detrás del gentío, como si intentase pasar inadvertida. Recordó al hombre de la barba negra, seguramente su padre, que tan interesado se mostró en que no fuera vista. Decidió que descubriría el misterio antes de abandonar la aldea. Se encontró con la mirada de ella y le hizo una seña para que se acercara. La muchacha miró hacia atrás con la esperanza de que estuviera llamando a otro.

477

-Tú -le dijo William-. Ven aquí.

El hombre de la barba negra la vio y gruñó exasperado.

-¿Quién es tu marido, zagala?

-No tiene ma... -empezó a decir el padre.

Sin embargo llegó demasiado tarde, porque la muchacha ya había contestado.

-Edmund.

-Así que estás casada. Pero ¿quién es tu padre?

-Yo lo soy -respondió el hombre de la barba-. Theobald.

William se volvió hacia Arthur.

-¿Es Theobald hombre libre?

-Es un siervo, señor.

-Y cuando la hija de un siervo se casa, ¿no tiene derecho el señor, como su propietario, a gozar de ella la noche de la boda?

Arthur se mostró escandalizado.

-¡Señor! Esa costumbre primitiva no se ha puesto en práctica en esta parte del mundo desde donde alcanza la memoria.

-Una gran verdad -reconoció William-. En su lugar, el padre paga una multa. ¿Cuánto pagó Theobald?

-Aún no la ha pagado, señor; pero...

-¡No la has pagado! Y la zagala tiene ya un hijo gordinflón de mejillas coloradas.

-Nunca tuvimos el dinero, señor. Ella estaba encinta de Edmund y querían casarse. Pero ahora podemos pagar porque hemos recogido la cosecha -dijo Theobald.

William sonrió a la muchacha.

-Déjame ver al niño.

Ella lo miró temerosa.

-Vamos. Dámelo.

La muchacha tenía miedo pero le resultaba imposible decidirse a entregarle al crío. William se le acercó más y le quitó con delicadeza el chiquillo. La moza lo miró con ojos aterrorizados pero no se resistió.

El bebé empezó a gritar. William lo sostuvo por un instante.

Luego, lo agarró por los tobillos con una mano y con movimiento rápido lo lanzó al aire, todo lo que le fue posible. La muchacha lanzó un alarido semejante al de un fantasma agorero anunciando la muerte, siguiendo con la mirada la trayectoria hacia arriba del pequeñín.

El padre corrió con los brazos extendidos, intentando recogerlo cuando cayera.

Mientras la muchacha miraba hacia arriba gritando, William la agarró por el traje y se lo rasgó. Tenía un cuerpo juvenil, redondeado y sonrosado.

El padre logró recoger al bebé, poniéndolo a salvo.

La joven intentó echar a correr. Pero William la alcanzó y la tiró al suelo.

478

t

El padre entregó el niño a una mujer y se volvió a mirar a William.

-Como no pude ejercer mi derecho de pernada en la noche de bodas, y tampoco me ha sido pagada la multa, ahora me cobraré lo que se me debe -dijo William.

El padre se precipitó hacia él.

William desenvainó su espada.

El padre se detuvo.

William miró a la zagala, caída en el suelo, intentando cubrir su desnudez con las manos. El miedo de ella le excitaba.

-Y, cuando haya terminado, también la disfrutaran mis caballeros -dijo con sonrisa satisfecha.

En tres años, Kingsbridge había cambiado hasta el punto de estar irreconocible.

William no había estado allí desde Pentecostés, cuando Philip y su ejército de voluntarios frustraron los planes de Waleran Bigod. Había entonces cuarenta o cincuenta casas de madera que rodeaban como un enjambre, la puerta del priorato y se desperdigaban por el sendero cenagoso que conducía, ladera abajo, hasta el puente. Sin embargo, en esos momentos, al acercarse a la aldea, vio a través de los campos

ondulantes, que había al menos tres veces más de casas. Formaban una franja parda a lo largo del muro de piedra gris del priorato y cubrían por completo el espacio entre éste y el río. Algunas de aquellas casas parecían grandes. En el interior del recinto del priorato, había nuevos edificios de piedra y los muros de la iglesia daban la impresión de estar alzándose con rapidez. Junto al río, había dos nuevos muelles. Kingsbridge se estaba convirtiendo en una ciudad.

El aspecto de aquel lugar le confirmaba la sospecha que venía albergando desde que regresó de la guerra. Durante su recorrido cobrando rentas atrasadas y aterrorizando a los siervos desobedientes, había estado oyendo hablar de Kingsbridge. Los jóvenes desposeídos de tierras iban allí a trabajar; familias pudientes enviaban a sus hijos a la escuela del priorato; los pequeños propietarios vendían sus huevos y sus quesos a los hombres que trabajaban en la construcción. Y todo aquel que podía, acudía allí en las fiestas de guardar a pesar de que no hubiera catedral. El de hoy era un día sagrado, el de la Sanmiguelada, que ese año caía en domingo. En aquella mañana tibia, de principios de otoño, el tiempo era bueno para viajar, de manera que habría un buen gentío. William esperaba averiguar qué

479

era lo que les impulsaba a acudir a Kingsbridge.

Con él cabalgaban sus cinco hombres. Habían llevado a cabo un trabajo de primera en las aldeas. Las noticias del recorrido de William se habían propagado con extraordinaria rapidez y, a los pocos días, la gente sabía a qué atenerse. Ante la próxima llegada de William solían enviar a sus hijos y a las mujeres jóvenes a ocultarse en el bosque. William gozaba infundiendo pavor en los corazones de las gentes. De esa manera los mantenía en su lugar. ¡Ahora ya sabían bien quién estaba al mando!

Cuando el grupo se acercaba a Kingsbridge, puso su caballo al trote y los demás le imitaron. Llegar veloces siempre resultaba más impresionante. Las gentes se retiraban apretándose en los linderos del camino, o se lanzaban hacia los campos para apartarse de los grandes caballos, cuyos cascos resonaban estruendosos por el puente de madera, dando sus jinetes de lado al funcionario que se encontraba en la garita para el cobro del portazgo. Pero se vieron obligados a reducir de pronto la marcha al encontrar la angosta calle bloqueada ante ellos por una carreta cargada de barriles de cal, tirada por dos poderosos bueyes de movimientos lentos.

William miró en derredor mientras seguían al carro en su ascenso por la ladera de la colina. Casas nuevas, construidas de forma apresurada, llenaban los espacios existentes entre las antiguas. Pudo ver una pollería, una cervecería, una herrería y una zapatería. Existía un inconfundible ambiente de prosperidad. William sintió envidia.

Sin embargo no había mucha gente por la calle. Tal vez estuvieran todos arriba, en el priorato. Con sus caballeros a la zaga siguió a la carreta de bueyes a través de las puertas del priorato. No era la clase de entrada que a él le gustaba hacer, y sintió un atisbo de inquietud ante la posibilidad de que la gente se diera cuenta y se riera de él. Pero, por fortuna, nadie miró.

En claro contraste con la ciudad desierta al otro lado de los muros, en el recinto del priorato reinaba la más afanosa actividad.

William, detuvo su caballo y miró alrededor intentando captarlo todo. Había tanta gente y tanto trasiego de un lado a otro que, en un principio, le pareció algo desconcertante. Luego, el panorama se dividió en tres secciones.

En la zona más cercana a él, en el extremo oeste del recinto del priorato, había un mercado. Los puestos formaban hileras perfectas de norte a sur, y varios centenares de personas circulaban por los pasillos comprando comida y bebida, sombreros y zapatos, cuchillos, cinturones, patitos, cachorros, ollas, pendientes, lana, hilos, cuerda y otros muchos artículos de primera necesidad, y también superfluos.



Era evidente que el mercado florecía y que todos los peniques, medios peniques y cuartos de penique que cambiaban de manos debían sumar una gran cantidad de dinero. No era de extrañar, se dijo

480

t

William con amargura, que en Shiring el mercado estuviera de capa caída cuando allí, en Kingsbridge, había una alternativa floreciente. Las rentas que pagaban los propietarios de puestos, los portazgos por suministros y los impuestos sobre las ventas que debería ingresar la tesorería del conde de Shiring iban a parar a los cofres del priorato de Kingsbridge.

Pero un mercado necesitaba de una licencia del rey, y William estaba seguro de que el prior Philip no la tenía. Probablemente pensaría solicitarla tan pronto como le pescaran, al igual que el molinero de Northbrook. Por desgracia, no le resultaría tan fácil a William dar una lección a Philip.

Más allá del mercado, había una zona de tranquilidad. Adyacente a los claustros, donde sin duda estuvo la crujía de la vieja iglesia, había un altar debajo de un dosel. Un monje de pelo blanco se encontraba en pie delante de él leyendo un libro. En el extremo más alejado del altar, unos monjes, formando filas perfectas, cantaban himnos; pero, a aquella distancia, la música quedaba ahogada por los ruidos procedentes de la plaza del mercado. Era una pequeña congregación. Aquello debían ser nonas, un oficio sagrado reservado a los monjes, se dijo William. Como era natural, todo trabajo y toda actividad quedarían suspendidas, en el mercado, durante el principal servicio sagrado de la Sanmiguelada.

En el área más alejada del recinto del priorato, se estaba construyendo el extremo oriental de la catedral. En eso era en lo que el prior Philip estaba gastando lo que arañaba del mercado, se dijo con acritud William. Los muros tenían diez o doce metros de altura, y era ya posible ver la silueta de las ventanas y la línea de la arcada. Las intrincadas estructuras, de aspecto ligero, del andamiaje de madera, colgaban de forma precaria del trabajo en piedra, semejantes a nidos de gaviotas sobre un risco cortado a pico. Por todo el recinto pululaban trabajadores. William pensó que había algo extraño en su aspecto. Al cabo de un momento se dio cuenta de que se trataba del colorido de sus trajes. Desde luego, aquéllos no eran los peones habituales. Los trabajadores que cobraban tendrían ese día festivo. Aquellas gentes eran voluntarios.

No había esperado que hubiera tantos. Centenares de hombres y mujeres acarreaban piedras, cortaban madera y hacían rodar barricas. También subían carros llenos de arena, desde el río. Todos ellos trabajando sin cobrar un céntimo, sólo para obtener el perdón de sus pecados.

El astuto prior había imaginado un hábil plan, pensó William con envidia. La gente que acudiera a trabajar en la catedral gastaría dinero en el mercado. La gente que acudiera al mercado dedicaría algunas horas a la catedral, por sus pecados. Una mano lava a la otra.